


# URBIETA

---

## Memorable episodio de la historia de Guipúzcoa.

---



Á fines del año 1521 bajaba alegremente la formidable cuesta de Arlabán, y se dirigía hacia las orillas del Ebro un joven, pobremente vestido, pero rico en fuerzas, ágil y suelto, como la mayor parte de los hijos de nuestra tierra, y de gallarda presencia.

Ansioso de buscar aventuras ó cediendo tal vez á esa necesidad de emociones, á esa sed de gloria, que en la dorada primavera de la vida agita comúnmente á los corazones bien nacidos, abandonaba las pintorescas montañas de Guipúzcoa, decía adiós al oculto lugar en que naciera y se lanzaba lleno de fe en el porvenir, lleno de frescas esperanzas, de ilusiones generosas, en pos de un mundo desconocido que, quizás su ardiente fantasía, le había hecho divisar entre sueños, durante las solitarias noches de su vejetativa mocedad. Alguna voz secreta, traída por los recios vendavales que desde las crestas del Pirineo vomitan las tempestades sobre los verdes valles del Urumea, debió decirle, sin duda, como á Lázaro dijo el Salvador: *levántate y anda!*— y el joven guipuzcoano, entregándose ciegamente á su suerte y fiado en la bondad de Dios, que jamás abandona á sus hijos, comenzó á andar, á semejanza de aquel mancebo que nos pinta Cervantes en su inmortal *Quijote*, que para servir al rey salía de su casa con una espada al hombro, en la cual llevaba atada su ropa, y distraía el cansancio del camino cantando seguidillas como la siguiente:

A la guerra me lleva  
Mi necesidad;  
Si tuviera dineros  
No fuera, en verdad.

Vasto campo ofrecía por aquellos tiempos la España á todas las ambiciones nobles; para todas tenía lugar la gran Nación, que no había aprendido todavía á arrastrar sus magníficos blasones entre crímenes, escándalos y miserias, ni había manchado en el lodo de las callejuelas su púrpura esplendente...

El joven de que vamos hablando era natural de la villa de Hernani, y se llamaba Joanes de Urbietta. Hijo de labradores pobres, pero honrados, no podía habituarse á los monótonos y, sobre todo, durísimos trabajos de la agricultura bascongada, que se ve en la precisión de romper á viva fuerza las peñas para encontrar el sustento, que en otras comarcas por la Naturaleza más favorecidas consiguen con menor fatiga los habitantes del país; conoció que una espada de soldado vendría mejor á sus manos que la poderosa laya de nuestros aldeanos, y dijole su noble corazón que á más altos destinos le llamaba su estrella; determinó seguir su impulso y, como veremos en el curso de este artículo, no le engañó aquel presentimiento. Ah! raras veces nos engaña el corazón!

Los ejércitos del emperador Carlos V sostenían dignamente en Italia el alto renombre que les dieron García de Paredes y el Gran Capitán; ocupaban parte de Francia y los Países Bajos; conquistaban á Orán á las órdenes del cardenal Jiménez, llenando de terror las africanas huestes; á estocadas ganaban bravamente un mundo nuevo, que aun conserva, á pesar de las vicisitudes de los tiempos, y conservará siempre, nuestra religión, nuestra lengua y nuestras costumbres; y nuestras galeras surcaban orgullosamente todos los mares, descubrían tierras desconocidas y por do quiera llevaban triunfante la invencible bandera de las Españas!—Época brillante y magnífica, cual podía apetecerla el joven Urbietta, para llevar á cabo sus esperanzas de gloria ó de ambición, para labrarse un nombre que por los siglos venideros fuese repetido.

Habiendo empezado á servir de soldado bajo las órdenes de D. Hugo de Moncada, tocóle ir á hacer sus primeros ensayos en el duro ejercicio de las armas á esa bella cuanto desgraciada Italia, destinada á ser siempre el campo de batalla de rivales ambiciones, y que era entonces

el teatro en que iba á ventilarse el desafío entre dos poderes inmensos, entre dos grandes monarcas, Carlos V y Francisco I.

Carlos V, político profundo y frío, genio vasto y sagaz, hombre cuya ambición no conocía límites, había reunido bajo su cetro uno de los más grandes imperios del orbe y, sin embargo, no contento con esto, aspiraba á realizar una idea gigantesca, el imposible sueño de la monarquía universal. Si bien es cierto que nunca llegó á distinguirse personalmente en la guerra, ostentando las dotes de capitán entendido ó de soldado valeroso, que tan subido realce dan por lo común á un soberano á los ojos del vulgo, tenía por ejecutores de sus altas voluntades ejércitos numerosos á la par que aguerridos, guiados por caudillos de nombradía que, como antes hemos dicho, llenaban de terror y asombro al mundo. Con tales elementos no era difícil que el gran monarca tuviera por hacedera la temeraria empresa que había formulado en las dos palabras escritas en su escudo de armas: *todavía más!*

Pero en el rey de Francia encontró un competidor digno de entrar en liza con él. Joven y dotado de corazón animoso, lleno de los sentimientos nobles y caballerescos, que tan estimados eran en aquel siglo cuanto en el nuestro olvidados,

#### Francisco en sangre rey, soldado en brío

abandonó los áridos cálculos de la política, que cuadraban mal con su naturaleza impetuosa y ardiente, y á su espalda tan sólo encomendó el porvenir de su Nación, la suerte de su corona y los destinos del mundo. El deseo más vivo de Francisco I era el de ser tenido por el caballero más cumplido, más cortés y bizarro de la cristiandad;—digno representante por cierto de aquella Edad Media tan brillante, que apreciaba más una buena estocada que la más hábil transacción diplomática.

Tales eran los principales rasgos que á los dos rivales coronados distinguían. Fácil es concebir que en este duelo real, que tuvo en suspenso á la Europa por tantos años, en esta lucha entre un rey batallador que no conocía el peligro y un político hábil, friamente calculador, la victoria pertenecería al más prudente. Así fué en efecto; pero como no cumple á nuestro propósito narrar los hechos y azares de aquella memorable guerra, nos trasladaremos al año 1525 y á las pintorescas llanuras que el Tesino riega, á cuyas orillas ganó Urbietta un lauro que no se alcanza fácilmente y que los siglos no han podido marchitar.

Contra los consejos de sus mejores generales, había el rey de Francia puesto sitio á Pavía, con un numeroso ejército, en cuyas filas figuraba la primera nobleza del reino. Tenían aquéllos por más acertado operar por el Adda, que esperar á sus contrarios bajo los muros de la ciudad, que con no menor tesón que bravura defendía el esclarecido Antonio de Leiva; pero el dictamen de Bonnivet por un lado y por otro las ideas de honor, que, como dice Robertson, llevaba Francisco *hasta un exceso de delicadeza algo novelesco*, le hicieron en mal hora para él permanecer en el punto que ocupaba: varias veces había dicho que *tomaría á Pavía ó perecería bajo sus murallas*, y se creyó obligado el pundonoroso monarca á cumplir su palabra.

Tampoco describiremos los pormenores de aquel largo sitio, que cubrió de gloria al bizarro español, cuyo nombre dejamos citado, ni las varias operaciones ejecutadas por los franceses y los imperiales antes de venir á las manos, porque nos alejaríamos demasiado de nuestro objeto principal, del cual con harta frecuencia nos hemos desviado en este artículo.

Así es que entraremos de lleno en lo más recio de la batalla que se dió en las cercanías de la plaza el día 24 de Febrero, alumbrada por aquel brillante sol de que apenas podemos formarnos una idea nosotros,

hijos del norte desabrido y frío,

y que con sus ardientes rayos parecía aumentar el coraje de los combatientes.

Al primer ímpetu de los franceses habíanse visto obligado los soldados del Emperador, así alemanes como españoles, á ceder algún tanto de terreno; pero Antonio de Leiva, haciendo de improviso una oportuna salida con su guarnición, embistió tan furiosamente á la retaguardia de aquéllos, que la desordenó poniendo en fuga á los suizos, que se olvidaron en aquel momento de su antigua fidelidad y nombradía; el marqués de Pescara al mismo tiempo acometió con la caballería española á la francesa, desbaratándola completamente é introduciendo la mayor confusión en toda la línea, que, viéndose entre dos fuegos, tardó muy poco en desbandarse y ceder el campo á los imperiales.

Joanes de Urbietta, más conocido en el ejército por el nombre de *el Mellado* que por el suyo propio—á causa de tener en el rostro una

honda cicatriz, resto de un sablazo que en anterior refriega había recibido—, servía en el escuadrón de D. Diego de Mendoza (porque es de advertir que su primer jefe, Moncada, había sido hecho prisionero en el golfo de Voragine por el marqués de Saluzo), y de consiguiente se encontró en la carga, que dirigida, como antes hemos dicho, por Pescara, decidió la suerte de aquella jornada.

Hecha ya general la derrota, no había resistencia sino en el sitio en que se hallaba el rey, quien, aunque debilitado por las varias heridas que acababa de recibir y derribado de su caballo, que había caído debajo de él, se defendía aún con el más heroico denuedo. Los nobles que le rodeaban iban cayendo sucesivamente á sus pies bajo las espadas y lanzas españolas, irritadas por la defensa tenaz y desesperada de aquel puñado de hombres. En tal peligro sólo debió su vida Francisco á la generosidad de Urbietta, quien, después de haberse distinguido cual ninguno en aquella lucha sangrienta y porfiada, se lanzó sobre el rey, que no podía ya librarse de los golpes de varios soldados que no le conocían, y poniéndole la espada al pecho, le dijo:

—En nombre del Emperador, ríndase V. M.

En efecto, este era el único medio de salvación que le quedaba después de haber conservado ileso el honor. Cubierto de sangre propia y ajena, rendido de cansancio y casi solo, entregó su espada el rey de Francia á Joanes de Urbietta, quien arrodillándose para recibirla le dió la suya, diciéndole que no parecía bien que un rey tan grande estuviera desarmado en presencia de un súbdito del Emperador, y en seguida besó su Real mano...

Siendo tan alta la gloria conquistada por el valeroso soldado á quien cupo esta señalada dicha, debiendo por ello ser dignamente ensalzado su nombre así por los contemporáneos como por la posteridad, y objeto sobre todo su persona de las gracias y recompensas del Emperador, natural era que muchos en el ejército se disputasen aquélla y tratasen de arrebatarla al modesto cuanto esclarecido joven, que había salido de las ásperas montañas de Guipúzcoa para venir á immortalizarse en las pintadas márgenes del Tesino, haciendo prisionero á Francisco I, rey de Francia! Diego de Mendoza, que como antes hemos dicho, mandaba el escuadrón á que *el Mellado* pertenecía; Alfonso Dávalos, ya citado; Fernando de Alarcón, que del vencido se hizo cargo y le condujo más tarde á España, y otros varios jefes y oficiales, tanto españoles como alemanes, quisieron apropiarse esta

hazaña; algunos escritores franceses, y el inglés Robertson con ellos, suponen también que quien logró llevarla á cabo fué un gentilhomme francés de los que estaban con Borbón, llamado Pomperan; pero este empeño de tantos y tan nobles caballeros en atribuirse la honra y el provecho de ella, sólo sirven para enaltecer más y más la brillante corona debida á su verdadero autor. Quién fuera éste, nadie debía saberlo mejor que el mismo rey; pues bien, su propio testimonio invocaremos para acallar de una vez á los envidiosos que quisiesen arrebatarse al país bascongado una de sus grandes ilustraciones, y para que queden en su lugar correspondiente la fama y nombre de nuestro paisano.—En un certificado que le dió el 4 de Marzo del mismo año en el castillo de Pizzighitone, á donde fué conducido después de la batalla, confiesa el rey haber sido prendido por Joanes de Urbieta, añadiendo que le salvó la vida; y este precioso documento, que el Doctor Isasti copió literalmente en su *Compendio historial de Guipúzcoa*, se encuentra por copia auténtica en el archivo de la villa de Hernani, en donde leerlo pueden los amantes de nuestras glorias y los curiosos, y examinarlo despacio los hombres de fe tibia que pusiesen en duda su existencia.

Si bien es cierto que hasta entonces había sabido Urbieta granjearse fama de buen soldado, creció su nombre en el ejército imperial de una manera asombrosa y empezó á ser mirado con admiración por unos, y por otros con envidia: achaque harto común esto último en la condición humana.

En medio de la embriaguez del triunfo, y á pesar de la satisfacción que á todos debía causar tan gran suceso, mostrábase los alemanes silenciosos, como apesadumbrados de que un español hubiera realizado la señalada acción que sucintamente acabamos de referir.

Por la noche celebraron los vencedores en una improvisada fiesta la victoria que acababan de conseguir sus armas y pasaron en triunfo á Joanes de Urbieta por el campo cubierto de espadas rotas, de rojas armaduras y de cadáveres, así como por las calles de la ciudad, que lograba respirar libre después de asedio tan prolongado.—En aquella solemnidad, a la cual se asociaron también las mujeres de Pavia y de sus contornos, nada faltaba: gloria, flores, música y entusiasmo: bailes á la luz de la hermosa luna de Italia que rielaba mares de plata sobre aquellos bizarros soldados y sobre aquellas mujeres, quizás las más agraciadas de la Lombardía, que olvidaban, así los unos como las

otras, los pasados peligros, en brazos del placer sobre una tierra empapada todavía en sangre: himnos de victoria y canciones de amor: cubas llenas de vinos dulces y generosos, y en medio de la estrepitosa algazara, Urbietta rodeado de sus amigos y compañeros, que le victoreaban.—Entre éstos descollaban el capitán Salcedo, que con su compañía había dado principio á la batalla, penetrando en el campamento enemigo antes de amanecer y derribando las paredes del parque llamado de Mirabel; el comendador Peñalosa, aventajado oficial que corría con el cargo de la correspondencia del virrey Lannoy; el intrépido Basurto, á cuyas manos acababa de morir la Paliza, célebre capitán, cuyo nombre figura aún hoy en los cantos populares de Francia; el veterano Ruy Gómez, que había prendido á Enrique de Albert, que se titulaba rey de Nabarra y que defendió bizarramente á su soberano; y otros muchos de los que más se habían distinguido en el combate y cuya nomenclatura alargaría demasiado este artículo.

Pero al entusiasmo de todos superó la modestia de aquél, cuyo nombre corría de boca en boca y acababa de rehusar una linda corona de laurel y flores, ofrecida por varias graciosas muchachas, diciendo que aquellos honores sólo eran debidos al César.

—¡Viva el Mellado! gritaban sus compañeros, arrojando al aire sus anchos sombreros de fieltro blanco, con rojas plumas adornadas y batiendo las palmas salpicadas de sangre y encallecidas por el continuo roce de las armas durante la porfiada refriega de aquel para siempre memorable día.

—Hermanos, les decía Urbietta, demos gracias á Dios por la honra señalada que se ha dignado dispensar á nuestro Emperador invicto.

—¡Viva el Emperador!, gritaban los alemanes que acaudillaba Borbón.

—¡Viva España!, replicaban los soldados de Pescara.

—¿Qué piensas pedir al César en premio de tu acción?, le preguntaba uno de sus amigos

—Yo, en tu lugar, decía otro, le pediría honores, destinos, un palacio de mármol.

—Y yo oro, mucho oro; en el mundo no hay más gloria que el oro, añadía un tercero.

Este merecía haber vivido en nuestro siglo.

—Un solo don desearía que me otorgase nuestro gran monarca, les replicó con el tono de la más profunda convicción y con modestia

suma el héroe de aquella ovación. Sólo le pediré, si me da licencia para ello, que procure conseguir la libertad de mi buen amo, D. Hugo de Moncada, que está en manos del francés. No quiero más recompensa.

Estas bellas palabras, dignas de los mejores tiempos de la antigüedad, nos descubren hasta su fondo la noble alma de Urbietta, llena de sentimientos generosos é hidalgos que no todos comprenderían quizás en los miserables días que alcanzamos.

Y no hay que decirnos que estas palabras han sido complacientemente inventadas por nosotros, con el interesado fin de ensalzar á nuestro héroe, no—porque consignadas están en el certificado de que hemos hablado arriba; en él dice Francisco I: *que la primera idea que á Urbietta ocurrió después de haberle prendido, fué la de pedir la libertad de su amo.*—Esto dice más que cuanto pudiéramos añadir en elogio del valiente cuanto magnánimo soldado, más grande á nuestro juicio después del triunfo que en la pelea y cuyo ejemplo ha encontrado tan pocos imitadores.

Al día siguiente de la batalla, fué conducido el regio prisionero á la Cartuja, que es el más hermoso, el más grande, el más interesante de todos los monasterios de Italia; obra magnífica que los Visconti, notables entre los *signoreti tiranelli* del siglo XIV, así por sus privados vicios como por el esplendor de sus cualidades exteriores, legaron á la admiración de los futuros tiempos:—Era por la mañana y al entrar en el templo Francisco, acompañado por el virrey, herido todavía de la víspera, de Pescara, de Borbón, del marqués del Basto, también herido, y de los demás cabos principales del ejército, juntamente con los más notables entre los prisioneros, los religiosos, que estaban cantando la hora de tercia, entonaban estos versículos: *Coagulatum est sicut lac cor eorum; ego vero legem tuam meditatus sum* (cuajáronse como leche sus corazones; mas yo tu ley he meditado). El rey al momento cantó en alta voz el versículo siguiente: *Bonum mihi guia humiliasti me; ut discam justificationes tuas* (bueno ha sido para mí el que me hayas humillado; para que así aprenda á conocer tus juicios). No menos piadoso que valiente, empezaba ya el buen monarca á experimentar los dulces consuelos que da la religión por premio reservado á la humillación y al infortunio,

Bajo aquellas admirables bóvedas, que dejaron algunos siglos más tarde muda de asombro á lady Morgan, se despidió Urbietta del rey de Francia, á quien dejaremos encaminarse tristemente, bajo la custodia



de D. Fernando de Alarcón, hacia la torre de los Lujanes, que le sirvió de prisión en Madrid.

Estimado por todos sus amigos y paisanos, falleció tranquilamente en la villa de Hernani el 23 de Agosto de 1553, dejando un apellido ilustre y glorioso á sus sucesores, cuya casa, que lleva su nombre, está situada en el valle de Oyarzun.—Fué enterrado al día siguiente de su muerte en su sepultura, colocada enfrente del altar mayor al lado del Evangelio, y delante de ella hay un retablo, en que están pintadas las armas de que arriba hemos hablado con una leyenda que dice así:

«El Sr. Emperador Carlos V, expidió cédula de este blason y escudo, refrendada de Francisco de los Cabos, para Joanes de Urbietta y sus descendientes, á los 20 de Marzo del año de 1530.»

*Hoc jacet in templo magnus Urbietta Joanes,  
natale Hernani, cui dedit ante solum,  
Papiæ vindex, Gallorum terror Honoris  
Hispani assetor, bellica ad arma potens;  
Gallorum regem Franciscus fœdere belli  
captivum duxit, res ea Martis opus,  
Erigit hoc vitæ pariter mostirque tropheum  
patria. Si pietas est tibi, funde preces.*

